

El río de agua

Constante y feraz. Álvaro García encarna al creador pionero, al poeta sin otros referentes en su devenir lírico que los regalados a cualquier paseante por su entorno urbano que, no obstante, él nos redescubre en cada metáfora. Álvaro exhibe una colección de instantáneas que pertrecha su camino con la frescura de las claves que le revelan los objetos en su simple presencia; un mismo universo anímico acoge entre los hemistiquios, a la voz poética y a su receptor; recuerdos hermanos dulcificarán las imágenes a los ojos de quien explore sus páginas. La obra de Álvaro García ha sido premeditada como una entrega de episodios, de cuadernos que pacientes cifran un rumbo continuo, sólo detenido en islas que titulan jornadas donde el descanso permite una interpretación aún perpleja, pero lúcida, del breve viaje; así, los trabajos publicados entre *La noche junto al álbum* (1989) y *El río de agua*, no suponen más que una exposición permanente de escenas, por los años modificadas, fáciles de reconocer de un libro a otro, que siempre actúan como antídotos frente a las punzadas que declinan el hecho de sentirse vivo, de permanecer sentado frente al espigón y recibir como propio el quebrar de las rocas.

Álvaro admite el riesgo que se oculta bajo la piel de lo inmediato, de la apariencia inocente de los árboles, la música, la escultura, el rebalaje, la luz, el sol, el fuego y ahora, ajeno a cualquier tópico, el río, no de horas, sino de agua, no de los minutos travestidos en líquido que fluye, sino en cauce referencia, inevitable para dos biografías separadas cuyo vínculo pretérito, al fondo de una común foto imaginaria ante la orilla, inaugura los compases de un largo poema único, sinfonía circular que remite al artista (y al lector fiel) hacia escenarios recurrentes que son iluminados por distintos focos; muchas vidas son posibles en el seno de la misma vida y, por tanto, urge la necesidad de múltiples bálsamos sobre idénticas cicatrices. Entre las ascuas del olvido, queda el tiempo sabio, quedan los jardines, los paisajes que, puntos de sutura, hilvanan la trabazón de esos amantes para siempre perfilados en una combinación de huellas y marcas afines. Inicia el río su descenso entre la humildad de lo diario, esos elementos que, ajenos a una tragedia privada perpetúan su presencia indolente. Figuras en nuestro álbum, naturalezas que al paso despliegan sus dardos de dolor en la memoria, a la vez que de quietud. Muchos afluentes, al margen de nuestro deseo, de nuestra voluntad, construyen ese mapa de callejones al que significamos en la palabra *existencia*. Un poema cáliz que nos reconcilie con cada tarde, un sustantivo que evada el desaliento, la brisa que susurre nuestro nombre con cariño, una historia que no se convulsione ante su débito, cuatro coordenadas por donde se deslizan los versos de Álvaro García.

José Luis González Vera